

tendía más y la hacía más creíble; pero cuando esta ciencia llamó en su auxilio á la física del globo, la fisiología, la biología y en general las otras ciencias naturales, y se vió que cada una en su esfera confirmaban sus afirmaciones sobre la habitación de los globos, esto llevó la convicción á casi todos los ánimos. Antes de nuestra época se retraían muchos de abrazar esta opinión, considerándola superior á las investigaciones humanas; pues, en realidad, como la mayor parte de los críticos convienen en creer, se necesitaba el concurso y la correlación de todas las ciencias para establecerla sobre argumentos positivos. Desde que sucedió esto, la mayor parte de los hombres pensadores le concedieron sus simpatías, y en poco tiempo ha llegado á tal estado de certeza filosófica, que hoy es afirmada y aceptada casi sin discusión. Y si alguno queda todavía que se escandaliza de lo que le enseñamos en este punto, eso es debido á pusilanimidad, á ignorancia ó á añejas preocupaciones.

CAPÍTULO XIV

OBJECIONES

Los que no admiten la habitación de los astros procuran ante todo hacerse fuertes contra nosotros escudándose en esta pregunta: ¿Cómo puede conciliarse la doctrina de la Encarnación y Redención sobre la Tierra con la doctrina de la pluralidad de mundos?

A la verdad, confesamos ingenuamente que jamás hemos visto dificultad alguna en hallar esta conciliación, por más que constituya este punto el argumento más sólido de nuestros adversarios. Y en efecto, ó todas las humanidades de los demás mundos han pecado como nosotros, ó todas han permanecido fieles á la ley de Dios, ó unas han pecado y otras no. En la hipótesis de que todas hubiesen permanecido fieles, no hay dificultad en que Dios, como Buen Pastor, bajase á nuestro globo, que venía

á ser la única oveja descarriada. En la hipótesis de que algunas ó todas hubiesen pecado, también veo facilísima la conciliación. Porque en este caso, suponiendo antes que aquellas humanidades hubiesen sido elevadas al orden sobrenatural ⁽¹⁾, y que Dios hubiese querido redimirlas después de la caída, no fué necesario que la Encarnación se repitiese en cada uno de los mundos, sino que bastó para redimirlas el sacrificio consumado en el Calvario, cuyo valor es infinito. Pues la virtud de la sangre divina, así como abraza toda la duración del tiempo, así también abraza toda la extensión del espacio; así como se extiende á los siglos pasados y futuros, así también se extiende á la inmensidad de los mundos. No hay tribu inteligente á quien no haya llegado la influencia vivificante de los méritos de Jesucristo. Y, como dice San Pablo, "*Dios se complugó en que habitase en él (Cristo) toda plenitud, y por medio de él RECONCILIAR todas las cosas*

(1) Y que no hubiesen sido dejadas en el estado de naturaleza *in puris*.

para él mismo, PACIFICANDO por la sangre de su cruz, sea las que hay en la tierra, sea las que hay en los cielos, ⁽¹⁾. En este pasaje se enseña con claridad que los efectos de la redención se han extendido fuera de la Tierra, mejor dicho, que Jesucristo ha redimido los cielos del mismo modo que la Tierra. Estos cielos á los que llegó la influencia de la sangre del Salvador no era el cielo de los bienaventurados, en donde nada había que restaurar ni reconciliar por su cruz. Tampoco debemos entender los ángeles malos, á quienes nada aprovechó la sangre de Jesucristo, por estar sujetos á una reprobación irrevocable. Resta, pues, que entendamos los habitantes de otros mundos que llenan las regiones de los cielos, familias de viadores que habían pecado como la Tierra, y que como esta Tierra necesitaban la reparación, la reconciliación y el perdón ⁽²⁾.

(1) Epist. ad Coloss. I, 20.

(2) Este argumento puede servir también para defender la habitación de los astros según la Sagrada Escritura.

La redención, dice el señor Alonso Perujo, se nos presenta así en su influencia más vasta, en su universalidad más lata, abrazando, no solamente todos los hombres, sino todas las criaturas racionales que existan ó puedan existir. Por eso Jesucristo es llamado repetidas veces *Salvador del mundo*, propiciación por los pecados de *todo el mundo*, cordero que quita los pecados del *mundo*, etc., tomando esta palabra en su mayor extensión.

En otros lugares se dice que la redención es copiosa y abundante, como una fuente de aguas cristalinas que rebosa, como una luz resplandeciente en las tinieblas, como una piscina de salud, sin que jamás se limite la eficacia de su virtud. Esta es la doctrina de todos los apóstoles, compendiada en aquella expresión de San Pablo: *Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia*. En este sentido canta la Iglesia en el himno de la Pasión que la Tierra, los mares, los astros, el mundo todo son purificados con la sangre preciosa de Jesucris-

to (1); y en el himno de la Natividad de Jesús se entusiasma ante la idea de que los astros, la Tierra, los mares y todo lo que vive bajo el cielo, es decir, en la extensión del espacio, le saludan con cánticos nuevos como á su Salvador.

Todos los Padres, todos los concilios, todos los teólogos están conformes en no reconocer límites á la eficacia de la redención, aun extendida fuera de nuestro globo, y afirman que la sangre del Salvador tiene virtud para redimir todos los mundos posibles. "El altar se hallaba en Jerusalén, escribía Orígenes, pero la sangre de la Víctima bañó al Universo," (2). San Jerónimo asegura que á principios del siglo v era común la opinión de que "la redención pertenecía tanto al cielo como á la Tie-

(1) *Terra, pontus, astra, mundus, hoc lavantur flumine.*

*Hunc astra, tellus, æquora,
Hunc omne quod celo subest,
Salutis auctorem novæ
Novo salutat cantico.*

(2) Orígenes, *Hom. I. in Levit.*, núm. 3.

rra,, (1). "Nada puede compararse con el milagro de la salud, exclama San Gregorio Nazianceno, pues unas gotas de sangre redimieron á todo el Universo,, (2). Sería interminable aducir los testimonios de este género, que defienden, como es así, que la sangre de Jesucristo es suficiente para la redención de muchos mundos.

Pero instan los adversarios, diciendo: Para que los demás mundos pudieran aprovecharse de los beneficios de la redención, ésta debió serles conocida; y ¿cómo puede ser, si la mayor parte de ellos ni aun sospechan siquiera la existencia de nuestro insignificante planeta? Y ¿quién puede asegurar que se les reveló?

Respondemos á esto que, dada la existencia de los habitantes de otros mundos, y concedido todo cuanto llevamos dicho, necesitaban esa revelación, y esto nos basta para inferir que Dios se la hizo. Podemos fundar este aserto en

(1) San Jerónimo, *Epist. LIX ad Avitum*, cap. I.

(2) San Greg. Naz., *Oratio 45*, núm. 29.

muchos testimonios de los libros santos: *Dios produce la concordia en sus excelsos. ¿Acaso tienen número sus ejércitos? ¿Y sobre quién no nacerá su luz?* (1). Esa concordia, esa pacificación parece que se atribuye á los innumerables soldados que sirven á Dios y á la luz que les anuncia. "No, dice un teólogo, la redención que nos ha sido proclamada no es un acontecimiento aislado; el contagio moral que discurre sobre nuestro mundo puede haber llevado sus estragos sobre todos los planetas; el Dios *cuyas obras son todas maravillas* (2), que ha sembrado con tantos mundos el campo de la inmensidad, y que ha extendido sobre ellos la *sombra de su omnipotencia* (3), puede haber enviado á cada uno de ellos un mensaje de amor y dar seguridad *al corazón de sus habitantes sin esperanza* (4), por alguna manifestación irresistible de ternura. Angeles enviados del Paraíso

(1) Job XXV, 3.

(2) Job V, 9.

(3) Salm. XCI, 1.

(4) Eph. XI, 12.

pueden haber hecho resonar la bóveda azulada de cada planeta con el *anuncio de una grande alegría*, diciendo: *Paz sobre esta tierra, buena voluntad para con todas sus familias y gloria en lo más alto de los cielos á Aquel que desde su trono supremo ha dado cartas de gloria y perdón tan magníficas, que ellas llevan la buena nueva* (1) de la vida y de la reconciliación á las innumerables esferas de una creación pecadora. "El Hijo eterno, de quien está dicho que *por Él fueron creados los mundos* (2), puede haber tenido el imperio de muchos mundos pecadores *colocado sobre su hombro* (3), y por el poder de su palabra misteriosa haberlos *despertado á todos de la muerte* espiritual. Este mismo *espíritu que se movía sobre la superficie de las aguas* (4), y que hizo salir del caos un sistema admirable, ha podido sacar el orden y la armonía de las ruinas y estragos de una rebelión mo-

(1) Luc. II, 10, 44.

(2) Col. I, 16.

(3) Is. IX, 6.

(4) Gen. I, 2.

ral extendida por todas las esferas,, (1).

Todavía vuelven algunos á instar, y dicen: Aun admitiendo como suficiente para la redención del Universo el que este grandioso misterio de salud se verificara en un solo mundo, ¿cómo se explica que Dios no hubiese escogido para ello alguno de tantos brillantes y esplendorosos globos con preferencia á nuestro miserable é insignificante planeta?

Ante todo contestaremos á esta instancia, que si no se comprende la Encarnación del Verbo sobre la Tierra, por la pequeñez é insignificancia de ésta, tampoco se comprendería sobre el astro más gigante y esplendoroso. ¿Hay acaso algún mundo bastante digno para merecer atraer al Hijo de Dios? El Sol más encendido de las regiones etéreas es como nada si se compara con el resto de la creación, y la dificultad quedaría siempre en pie. La estrella más radian-

(1) Tomás Chalmers, en un discurso sobre *La revelación cristiana considerada en armonía con la astronomía moderna*.

te y voluminosa es como un polvo vil respecto á la grandeza del Verbo, y no significa á sus ojos más que nuestra pequeña Tierra. Y además, ¿no podría preguntarse por qué había escogido á aquel mundo con preferencia ó exclusión de los demás? ¿En qué podía fundar su privilegio glorioso de ser la morada del divino reparador? Se repetiría siempre la misma objeción que se hace por causa de nuestro globo, y tal vez alguna más. Luego la instancia cae por su peso. Sí; para la obra maravillosa de manifestarse las misericordias divinas, nada significa la grandeza ó pequeñez material. La Encarnación es un privilegio puramente *gratuito*, que ningún mundo pudo merecer.

Hecha esta aclaración, diremos que la pequeñez de la Tierra, la condición ingrata y perversa de sus habitantes y toda su insignificancia, lejos de ser un obstáculo, son una razón en favor de la Encarnación en ella. En efecto, las miras de Dios son profundísimas, dignas de su altísima sabiduría. Quería salvar

al mundo por la virtud contraria á su pecado, que fué la soberbia. *El principio de todo pecado es la soberbia* (1), dice el Eclesiástico. La soberbia es el pecado propio de las inteligencias; por ella pecaron los ángeles rebeldes, nuestros primeros padres y probablemente las familias prevaricadoras de otros mundos. Siendo, pues, la soberbia el principio de todo pecado, era conveniente que la humildad fuese el principio de toda remisión. He ahí por qué Dios se humilla y se abate tanto, se reviste de carne humana en uno de los planetas más pobres, en una de las más olvidadas provincias de este pobre planeta, en el más despreciable y desconocido rincón de esta provincia, en un establo abandonado, morada de brutos animales. Lo que es, pues, una locura para el mundo, es la sabiduría de Dios.

Otra clase de objeciones se hacen contra nosotros; pero todas vienen á re-

(1) Eccl., cap. X., vers. 15.

ducirse á decir que las condiciones de habitabilidad de los demás mundos y del nuestro, y de un mundo comparado con otro mundo, difieren notablemente, ya por los grados de calor ó de luz, ó por la densidad, ó por la atmósfera, ó por otras mil causas.

Estas objeciones las hemos ido suficientemente prejuzgando y resolviendo durante todo el curso de nuestra obra. Pero, por ser aquí su propio lugar, las resolveremos en globo y con principios generales. Y á la verdad no encuentro inconveniente alguno en considerar habitados todos los astros, cualesquiera que sean sus condiciones biológicas; antes al contrario, tengo por sumamente injuriosos á la Omnipotencia los que ciñen su actividad á la estrechez de sus experimentales ideas. Concedo que no hay hombre alguno de la Tierra capaz de vivir y conservarse en algunos de los otros mundos; pero ¿en qué razón ó discurso cabe medir la posibilidad por la existencia, ó lo que Dios pudo hacer por lo que hizo?

Oigamos sobre este particular al erudito P. Feijoo: "Aunque nosotros, dice, no conozcamos otras criaturas compuestas de cuerpo y espíritu que las de la especie humana, no se puede sin temeridad pensar que en los senos de la posibilidad no las haya, ó lo que es lo mismo, que Dios no pueda producirlas. Si no viésemos en el mundo más que una especie de brutos, creerían muchos que ni entre los posibles había otra, y no veo más repugnancia en que haya muchas especies de animales intelectuales que en que haya muchas de animales brutos. Hagamos otro paralelo. Si no nos constase ni por revelación ni por tradición más que la existencia de una especie angélica, creerían muchos que ni entre los posibles había más que una especie de espíritus puros, y sólo sabemos que hay muchas posibles, porque sabemos que hay muchas existentes. Preguntaré yo: ¿qué mayor repugnancia se encuentra en que haya muchas especies de espíritus no puros, ó espíritus informativos de cuerpos orgánicos, que en que

haya muchas de espíritus puros?», (1).

De estas palabras del P. Feijoo, no solamente se ve que en nada afectan á la habitación de los globos sus condiciones biológicas, sino que además se desprende de ellas un poderosísimo argumento en favor suyo, en cuanto que es muy lógico que, basados en lo que conocemos, admitamos una *humanidad colectiva formada por un séquito no interrumpido de humanidades individuales, asentadas en todos los grados de la escala de la perfección.*

(1) P. Feijoo, *Cartas eruditas*, tomo II, carta 26.

CONCLUSIÓN

Hemos terminado nuestro pequeño trabajo. En él no hemos hecho más que apuntar las ideas, porque no nos propusimos un trabajo magistral. Además, de este modo hemos creído que nuestro libro sería útil para los hombres de ciencia, los cuales fácilmente pueden ampliar y desarrollar nuestras teorías, y útil para el pueblo, que no está generalmente dispuesto para dedicarse á extensas y difusas lecturas.

Decimos que creemos será útil para todos, pues estamos persuadidos que habiendo llegado ya á tal grado de evidencia la cuestión de los astros habitados, es conveniente que en lo sucesivo forme parte de la educación científica en todos los ramos del saber humano. De ella debe hablarse ya á los niños en las escuelas primarias; de ella deben ocuparse las aulas de filosofía, y esta